



Letralia

Revista del Departamento Letras

“Representaciones ideológicas sobre la mujer en la comunidad lectora formativa de *Madame Bovary*”

**“Ideologic representations about the woman in the
formative reader community of *Madame Bovary*”**

Karina del Valle Tapia

Universidad Nacional de Catamarca - Facultad de Humanidades

Páginas 70-81

Año 2021 | N° 6 | Volumen 1
ISSN 2545-8515
Septiembre de 2022

Dirección de Publicaciones
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Catamarca

Representaciones ideológicas sobre la mujer en la comunidad lectora formativa de *Madame Bovary*

Karina del Valle Tapia - kdtapia@huma.unca.edu.ar

Universidad Nacional de Catamarca - Facultad de Humanidades

Fecha de recepción: 12.dic.2021

Fecha de aceptación: 08.jun.2022

RESUMEN

A continuación se presenta una reflexión teórico metodológica que engloba aspectos tanto de la literatura como de la enseñanza acerca de las representaciones socioculturales que se promueven en una comunidad de lectores de carácter formativo religioso cuyo alumnado está conformado por niñas y jóvenes mujeres internas. Las categorías que se analizan son comunidad discursiva -circunscripto a la lectura- e ideología, del analista del discurso Dominique Maingueneau (1987); habitus, del sociólogo Pierre Bourdieu (1987) y lector intensivo, del historiador de la lectura Roger Chartier (1995), y se aplican al estudio de un fragmento del Capítulo VI de la obra *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, publicada en Francia, en 1856. Estas reflexiones venían surgiendo en el seno de las cátedras de Semiótica y Literatura Europea I del Departamento Letras, de la Facultad de Humanidades, de la Universidad Nacional de Catamarca (UNCA), posicionados desde una lectura literaria con perspectiva de género, y se expusieron en el trabajo final del Seminario *Antropología de la lectura y la escritura*, dictado por la Dra. Mariana Di Stefano en la *Maestría en estudios de lectura y escritura* que lleva adelante la Dirección de Postgrado de la mencionada unidad académica. Entendemos que los resultados a su vez interpelan acerca de la práctica docente con respecto a las lecturas que se ofrece a los estudiantes en el campo de la literatura ya que contribuye al desvelamiento de las representaciones ideológicas socioculturales que estas suscitan en un espacio de apropiación de aprendizajes.

ABSTRACT

A theoretical and methodological reflection is presented below that encompasses aspects of both literature and teaching about sociocultural representations that are promoted in a community of readers of a religious formative nature whose students are made up of girls and young female inmates. The categories that are analyzed are discursive community -circumscribed to reading - and ideology, by the discourse analyst Dominique Maingueneau (1987); habitus, by the sociologist Pierre Bourdieu (1987) and intensive reader, by the historian of reading Roger Chartier (1995), and are applied to the study of a fragment of Chapter VI of the work *Madame Bovary*, by Gustave Flaubert, published in France, in 1856. These reflections had been emerging within the chairs of Semiotics and European Literature I of the Department of Letters, of the Faculty of Humanities, of the National University of Catamarca (UNCA), positioned from a literary reading with a gender perspective and were exposed in the final work of the Anthropology of Reading and Writing Seminar, dictated by Dr. Mariana Di Stefano in the Master's Degree in Reading and Writing Studies carried out by the Postgraduate Directorate of the

aforementioned academic unit. We understand that the results in turn question about the teaching practice with respect to the readings that are offered to students in the field of literature since it contributes to the unveiling of the sociocultural ideological representations that these arouse in a space of appropriation of learning.

Representaciones ideológicas sobre la mujer en la comunidad lectora formativa de *Madame Bovary*

Introducción

El presente trabajo se propone identificar la representación ideológica acerca de la mujer que surgen del estudio de la ficcionalización de una comunidad discursiva de carácter religioso cuyas lectoras son niñas y muchachas, presente en la obra *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, presentada en Francia en 1856.

Se presume que la noción de habitus, de Pierre Bourdieu (1987) y comunidad discursiva, de Dominique Maingueneau (1987), aportan sustento a la categoría de ideología de este último autor; esto se evidencia en el capítulo VI de la primera parte de la pieza literaria en estudio, donde se describen detalladamente aspectos de la lectura de formación durante la adolescencia de Emma Rouault, en su residencia en un convento católico de monjas e internas. Dos ideas centrales dominan en la construcción de las representaciones sociales que les son transmitidas como valores al grupo de jóvenes mujeres: por un lado, la lectura de fragmentos religiosos y por otro la lectura de novelas románticas.

A su vez, para Maingueneau (1987), la comunidad discursiva -y en el caso puntual de este análisis, la comunidad de lectura- “no debe ser entendida demasiado restrictivamente: no remite solo a grupos (instituciones y relaciones entre agentes) sino también a todo lo que esos grupos implican en el plano de la organización material y los modos de vida” (pág. s/n).

Asimismo, la noción de lector intensivo, de Chartier (1995), aporta a la presente reflexión teórico metodológica ya que se pone en evidencia donde las lecturas son portadoras insistentes de un tema en particular. En el caso en estudio, los tópicos de redundancia pertenecen al campo de la religión cristiana en las obras legalizadas por la institución educativa donde se forma la joven Emma, así como al carácter sentimental en las obras prohibidas a las internas del convento.

Esperamos encontrar que en la intersección entre lo religioso legalizado y lo amoroso prohibido surgen las representaciones

ideológicas que conformarán el sesgo vital de las lectoras de la comunidad discursiva ficcionalizada en la obra en estudio.

Estas meditaciones teórico-metodológicas surgieron en el seno de las cátedras Literatura Europea I y Semiótica, del Departamento Letras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca (UNCA), posicionados desde una lectura literaria con perspectiva de género, y se socializaron en el Trabajo final del Seminario *Antropología de la lectura y la escritura*, dictado por la Dra. Mariana Di Stefano en la *Maestría en estudios de lectura y escritura* promovida por la Dirección de Postgrado de la mencionada unidad académica. Entendemos que las conclusiones alcanzadas a su vez requieren revisión acerca de la práctica docente con respecto a las lecturas literarias que se ofrecen de manera sistematizada a lxs estudiantes en formación, especialmente en la edad adolescente, ya que en ellas se transfieren los sentidos ideológicos socioculturales que estas motivan, nada menos que en un espacio de circulación de saberes y apropiación de aprendizajes como es la institución educativa.

A su vez vemos cómo la lectura crítica de la literatura desnuda aspectos ideológicos que trascienden la obra misma, ya que aunque la pieza de referencia haya sido publicada en Francia a mitad del Siglo XIX, el posicionamiento analítico discursivo presentado interpela al lector actual acerca de los contenidos que en ella circulan.

Desarrollo

Para abordar el estudio reflexivo analítico propuesto en el presente trabajo, nos detendremos en la caracterización de la comunidad de lectoras del convento donde se forma una adolescente Emma Rouault protagonista de la obra *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, socializada en Francia en 1856.

Se acotará el análisis al Capítulo VI de la Primera parte de la obra de mención.

Para Dominique Maingueneau (1987) una comunidad discursiva es “el grupo o la red de grupos dentro de los cuales son

producidos y manejados los textos correspondientes a la formación discursiva” (pág. s/n).

Observamos en el fragmento en estudio que en su mayoría las integrantes de la comunidad discursiva, acotada a la lectura, son mujeres, ya que menciona seres humanas femeninas de distintas edades y con distintos roles en la institución: las hermanas, cuya función es la de formadoras-educadoras; las internas en edad de niñez y adolescencia, es decir los seres en formación; y una mujer soltera que funciona como nexo entre el adentro y el afuera de esa comunidad religiosa educativa. A su vez, es de destacar que esta comunidad femenina de lectoras es instruida por un personaje masculino como es el señor vicario, quien evalúa los progresos educativos de las internas: “(Emma) Jugaba muy poco en los recreos, entendía bien el catecismo, y era ella quien respondía siempre al señor vicario las preguntas difíciles.” (Flaubert, 2009: 40). A su vez, esta comunidad es regida por las decisiones de una jerarquía superior dentro de la institución eclesiástica, el arzobispado, que estaba vinculado con la aristocracia y cuya autoridad máxima les correspondió siempre a los varones:

Había en el convento una solterona que venía todos los días, durante ocho días, a repasar la ropa. Protegida por el arzobispado como perteneciente a una antigua familia aristócrata arruinada en la Revolución, comía en el refectorio sentada a la mesa de las monjas y charlaba con ellas después de la comida, antes de subir de nuevo a su trabajo. (Flaubert, 2009: 41)

Es decir, una comunidad de mujeres dirigidas por la autoridad masculina a cuyo servicio se encontraban ellas, tanto para la formación de las pupilas como para la labor diaria en el convento, en obediencia a una impuesta jerarquía donde las mujeres no solo no podían alcanzar los máximos escaños, sino que se encontraban al cuidado de la grey católica, reproduciendo de esta manera una organización social patriarcal, donde la mujer se encuentra en el interior

del hogar ocupada en tareas de cuidado y el varón se encuentra en el exterior afanado en la toma de decisiones o en la evaluación de lo ejecutado por las mujeres de su dependencia. Sumado a esto, los varones de mayor jerarquía establecen un sistema de contactos de ayuda mutua con otros varones también dirigentes. En el caso en análisis se da la mutua cooperación entre la iglesia católica y la aristocracia, en esta oportunidad venida a menos como resultado de la Revolución Francesa de 1789, donde la “solterona” de la enunciación en estudio es una “rescatada” de aquella situación política que la dejó sin posibilidades de un matrimonio conveniente y la conminó a tareas de servicio diario en un convento, en un espacio de protección similar al ocultamiento.

En la textualización de la comunidad de lectoras en estudio, se reconstruye además la presencia de lo religioso en un mundo íntimo propio de la noción de gineceo: un espacio cerrado exclusivo de mujeres, en este caso reservado al encuentro con un Dios cristiano, a través de la oración, el servicio y el estudio regido por la lectura religiosa, que define lo legalizado y sistematizado dentro del proceso de enseñanza de la doctrina cristiana a las jóvenes internas.

Sin embargo, estas chicas también tenían otros apetitos con respecto al género masculino que se harán evidentes en lecturas subversivas de corte sentimental leídas a escondidas sobre todo por las niñas mayores:

“y prestaba a las mayores a escondidas, alguna novela que llevaba siempre en los bolsillos de su delantal y de la cual la buena señorita devoraba largos capítulos en los descansos de su tarea. Sólo se trataba de amores, de galanes, amadas, (...)” (Flaubert, 2009: 41)

Ejemplo sobre el que ahondaremos más adelante en el presente trabajo.

Esto va a originar una serie de acciones cotidianas que definirán un habitus, en términos de Pierre Bourdieu (1987), quien lo define como un “sistema de esquemas

Representaciones ideológicas sobre la mujer en la comunidad lectora formativa de *Madame Bovary*

adquiridos que funcionan en estado práctico como categorías de percepción y de apreciación o como principios de clasificación al mismo tiempo que como principios organizadores de la acción” (pág. 23). Así, en el Capítulo de referencia, dos ideas centrales dominan en la construcción de las representaciones sociales que les son transmitidas como valores a las jóvenes a través de diferentes acciones, temas y objetos: por un lado, la lectura de fragmentos religiosos y por otro la lectura de novelas románticas. En la intersección de estas dos líneas isotópicas surgirán los sentidos que definirán el perfil dominante de la mujer joven que se desea construir educativamente: una dama con temor de Dios, bien casada, burguesa y fiel. En este punto es donde se hace presente la noción de ideología de Maingueneau para quien en una comunidad discursiva:

La ideología lleva adelante un trabajo de representación de mundo y de organización de los hombres que son el derecho y el revés de una misma actividad (...) Toda operación de pensamiento remite a un dispositivo de transmisión que lo estructura desde el interior y del cual no puede ser disociada. (Maingueneau, 1987: s/n)

Con lo cual, la ideología se entiende como una manera de organización que se evidencia en la práctica discursiva, acotada a la lectura en el presente caso.

Lecturas cristianas

En cuanto a la lectura religiosa que se manifiesta en el capítulo en estudio, podemos reiterar en principio que es la literatura efectivamente permitida, legalizada, en el contexto de convento cristiano:

Por la noche, antes del rezo, hacían en el estudio una lectura religiosa. Era, durante la semana, algún resumen de Historia Sagrada o las Conferencias del abate Frayssinous, y, los domingos, a

modo de recreo, pasajes del *Genio del Cristianismo*. (Flaubert, 2009: 40-41)

En el fragmento citado, se percibe el funcionamiento de la noción de habitus de Bourdieu, caracterizado por la regularidad de una acción y la disposición para la práctica.

En este caso se repite regularmente el tiempo de lectura: de noche y durante todos los días hábiles de la semana, de lunes a sábados. También se repite como una constante el espacio de lectura: el estudio del convento.

A su vez, se da una sucesión rítmica en la reiteración del juego tensión-suave distensión en la disposición para la práctica, prevista con mayor tensión durante la semana en la acción de lectura religiosa, seguida de una suave distensión “los domingos, a modo de recreo”, día en el que no se dejaba de leer documentos de tema religioso sino que la lectura propuesta parecía ser más entretenida con obras como *El genio del Cristianismo*, de François-René de Chateaubriand (1802), escritor considerado el fundador del romanticismo literario francés.

En definitiva, niñas formadas con ideales cristianos, con la construcción de una imaginería simbólica que contiene personajes como ángeles y vírgenes (madonas), con función de transmisión del dogma cristiano, con el estudio de los hechos de Dios en la *Historia Sagrada* o en las *Conferencias* del abate Denis-Luc Frayssinous, elocuente orador reconocido por sus enseñanzas sobre teología dogmática. Seguidos de una suave distensión, ya que no se llega a una distensión total sino que se continúa en situación de lectura de la doctrina del Dios cristiano, pero desde la creación literaria con la obra *El genio del Cristianismo*, pieza de carácter apologético sobre lo que su autor Chateaubriand consideraba la importancia de la religión cristiana en reclamo del abandono de Dios por parte de los filósofos ilustrados del S XVIII.

Esto se refuerza con el aprendizaje de las romanzas que las niñas reproducían a través del canto en las clases de música del

internado: “En la clase de música, en las romanzas que cantaba, sólo se trataba de angelitos de alas doradas, madonas, lagunas, gondoleros, pacíficas composiciones que le dejaban entrever; a través de la música, la atractiva fantasmagoría de las realidades sentimentales” (Flaubert, 2009: 42). Donde el género romanzas se inscribe como una composición de carácter sencillo e íntimo, que cantados con voces femeninas habrán contribuido al estado de recogimiento y de contacto con Dios que se potencia con el despliegue de elementos propios de la simbología católica: angelitos de alas doradas, es decir seres espirituales mensajeros entre Dios y los hombres, cuya nominación en diminutivo agrega una idea de amorosa ternura, sumado al hecho de que sus alas son doradas, es decir del color del oro, y por tanto valioso, costoso; madonas, con distintas advocaciones de la Virgen María, madre de Dios y de los hombres; y “atractiva fantasmagoría de las realidades sentimentales”, sintetizadas en las imágenes de lagunas y gondoleros, que posiblemente -recuperando la iconografía de la literatura clásica- podrían simbolizar a los cristianos en su último movimiento entre la vida y la muerte, es decir entre el cielo y el infierno, una transición peligrosa y definitiva para las almas donde se plantea un solapado disciplinamiento del accionar humano cristiano.

Asimismo, en la descripción presentada en los párrafos precedentes, se evidencia la noción de lector intensivo, de Roger Chartier (1995), que se caracteriza por el hecho de que las lecturas son portadoras insistentes de un tema en particular. En el caso en análisis observamos que esa insistencia no es inocente, sino que por el contrario es intencionada y dogmática con respecto a la formación y asimilación sistemática de valores propios de la axiología cristiana, tales como la idea de gineceo dedicado a Dios, con la repetición constante y sin descanso de lectura de obras de referente religioso y la construcción de una simbología idealizada y censora que va forjando mujeres al servicio del ideal católico a través de, por ejemplo, el estudio literario y musical, donde el arte resulta ser

un instrumento de adoctrinamiento ético y moral de la religión cristiana.

Lecturas románticas

Por su parte, la lectura de novelas románticas es de carácter clandestino, y sobre todo la practican las internas mayores:

Había en el convento una solterona que venía todos los días, durante ocho días, a repasar la ropa. (...) Contaba cuentos, traía noticias, hacía los recados en la ciudad, y prestaba a las mayores a escondidas, alguna novela que llevaba siempre en los bolsillos de su delantal y de la cual la buena señorita devoraba largos capítulos en los descansos de su tarea. Sólo se trataba de amores, de galanes, amadas, damas perseguidas que se desmayaban en pabellones solitarios, mensajeros a quienes matan en todos los relevos, caballos reventados en todas las páginas, bosques sombríos, vuelcos de corazón, juramentos, sollozos, lágrimas y besos, barquillas a la luz de la luna, ruiseñores en los bosques, señores bravos como leones, suaves como corderos, virtuosos, siempre de punta en blanco. (Flaubert, 2009: 41)

En el ejemplo, se percibe en la entrega a hurtadillas de novelas románticas a las niñas de más edad, un sentido de confidencialidad y complicidad con la mujer solterona que puede comprender los intereses íntimos de las jóvenes, y que funciona como nexo entre el adentro y el afuera del internado. El sentido de vergonzoso secreto asoma cuando se menciona la acción de lectura que se practica devorando novelas en sus momentos de descanso. Y la idea de complicidad se profundiza en el sentido de prohibición cuasi delictiva acerca del despertar sexual de las adolescentes, que evidencia cómo las representaciones de contacto físico amoroso con los varones son

Representaciones ideológicas sobre la mujer en la comunidad lectora formativa de *Madame Bovary*

reprimidas probablemente sobre la noción cristiana de pecado u ofensa a Dios, promoviendo de este modo la preparación virginal de las mujeres para el matrimonio. Sobre esto se superponen clichés de romanticismo sentimental como “juramentos, sollozos, lágrimas y besos”, todo lo cual iba dibujando en el imaginario de las jóvenes un ideal de castidad, padecimiento y congoja en las relaciones sentimentales que señalaban una línea de actitudes y comportamientos que debían asumir en sus relaciones de amor heterosexual.

Al mismo tiempo, el ejemplo citado se delinea el ideal de hombre por el que las damas deberían suspirar: “señores bravos como leones, suaves como corderos, virtuosos, siempre de punta en blanco”, es decir, varones ideales, de una masculinidad triunfante que combinan la fortaleza de los líderes de manada salvaje con la mansedumbre de los corderos y son bellos por dentro y por fuera, llenos de virtuosismo y apostura.

A su vez, en el fragmento en estudio, la joven Emma también define el ideal de mujer que quisiera representar:

Hubiera querido vivir en alguna vieja mansión, como aquellas castellanas de largo corpiño, que, bajo el trébol de las ojivas, pasaban sus días con el codo apoyado en la piedra y el mentón en la mano, viendo llegar del fondo del campo a un caballero de pluma blanca galopando sobre un caballo negro. (Flaubert, 2009: 42)

Ejemplo en que se observa cómo se reconstruye en el Siglo XIX una imagen medieval de la relación amorosa heterosexual, en la que se recupera la noción arquitectónica de la ventana ojival, propia de las torres de castillos góticos, así como la pose femenina de otear el horizonte con el codo apoyado en la piedra y el mentón en la mano. Con esta imagen se representa una mujer noble pero fragilizada, sin otra ocupación que la de asumir una actitud de espera desde un espacio interior-cerrado y con un único

punto de vista, mientras que el hombre atraviesa campos en un espacio exterior-abierto y panorámico. Efectivamente, este imaginario que representa a una mujer débil e inactiva tiene su correlato en la construcción de un ideal masculino de caballero fuerte y activo, que salva a su dama de la torre del castillo, apoyado en la representación típica del prócer a caballo donde juega un rol importante su valentía, es decir la superación del miedo, lo cual corona con una pluma blanca. De manera que se reproduce un imaginario donde el hombre es fuerte, protector y cumple el rol de mesías para la mujer que es endeble y lo necesita dependientemente para su protección.

Además, no es menor el deseo de espacio a habitar por la dama: “Hubiera querido vivir en alguna vieja mansión”. Donde la palabra “mansión” señala una vivienda particular de magnánimas proporciones, que deslumbran y hablan de la valía de la mujer que allí habita. Asimismo, la noción de vejez en la construcción contribuye a las ideas de herencia y posesiones familiares costosas, lo cual habla de la dote de la mujer. Es decir que aunque la mujer destinataria del amor del caballero estuviera encerrada y a la espera, constituye a la vez la representación de una mujer descendiente de un linaje con poderío social, sustentado en lo económico. En definitiva, el ideal de pareja a alcanzar de acuerdo con las representaciones que venimos desvelando es heterosexual y con ambos integrantes provenientes de senos familiares de posición socio-económica alta. Esto, inclusive puede ser entendido como un posicionamiento político de emparejamiento sustentado en acuerdos de abundancia recíproca envuelta en configuraciones idílicas de carácter medieval.

El aspecto idílico se refuerza con algunas descripciones del objeto libro que suma el narrador del capítulo en estudio:

(Emma) Se estremecía al levantar con su aliento el papel de seda de los grabados, que se elevaba medio doblado y volvía a caer suavemente sobre la página. Era, detrás de la

balaustrada de un balcón, un joven de capa corta estrechando entre sus brazos a una doncella vestida de blanco, que llevaba una escarcela o cofia en la cintura; o bien los retratos anónimos de las ladies inglesas con rizos rubios, que nos miran con sus grandes ojos claros bajo su sombrero de paja redondo. Se veían algunas recostadas en coches rodando por los parques, donde un lebrél saltaba delante del tronco de caballos conducidos al trote por los pequeños postillones de pantalón blanco. Otras, tendidas sobre un sofá al lado de una carta de amor abierta, contemplaban la luna por la ventana entreabierta, medio tapada por una cortina negra. Las ingenuas, una lágrima en la mejilla, besuqueaban una tórtola a través de los barrotes de una jaula gótica, o, sonriendo con la cabeza bajo el hombro, deshojaban una margarita con sus dedos. (Flaubert, 2009: 42)

En el caso citado se observa una pose de amor romántico de una pareja donde el varón posee entre sus brazos a una joven que se entrega a la experiencia física y emocional del sentir el abrazo protector masculino. La imagen describe la vestimenta que también es romántica y caballeresca en el caso del hombre. Luego se presenta la imagen idealizada de la mujer: con rizos rubios y grandes ojos claros, y a continuación una serie de poses de jóvenes habitadas por el amor sentimental: están recostadas en coches o sobre un sillón junto a una carta de su amor, o contemplando la luna, o con una lágrima en la cara, o besando una paloma o deshojando una margarita. Aquí, hay que detenerse en que solo en una de las imágenes sentimentales está presente el hombre; en las restantes huelga su ausencia, cubriendo ese hueco objetos idealizados que resultan en representámenes del ausente: un sombrero de paja redondo, un coche rodando por los parques, un sofá, una carta, la luna, una ventana entreabierta, una lágrima, una tórtola, una jaula gótica, una margarita. Amplio conjunto de herramientas para sustituir al que no está, ya que en definitiva

la mujer está sola y el destinatario de su amor es un ser idealizado y lejano.

Sumado a esto el objeto libro se percibe como una construcción delicada y cara, y por esto solo factible de conseguir para grupos económicos burgueses, que coincidía con el de las jóvenes internas:

Algunas de sus compañeras traían al convento libros regalo que habían recibido (...) Manejando sus bellas encuadernaciones de raso, Emma fijaba su mirada de admiración en el nombre de los autores desconocidos que habían firmado, la mayoría de las veces, condes y vizcondes, al pie de sus obras. (Flaubert, 2009: 42)

Es decir, los libros como construcción ornamental refinada, daban cuenta de su valía tanto por el hecho de presentar formatos singulares y materiales nobles como por estar firmados por condes y vizcondes, es decir autores con títulos nobiliarios a los que Emma tanto desconocía como admiraba, ya que siguiendo la idealización del amado ausente, representaban un estilo de vida culta y refinada pero de carácter distante e imaginaria. Esto a su vez, definía los objetos libros como aquella bibliografía que merecía ser leída tanto por la protagonista de la novela en estudio como por las jóvenes en formación que compartían con ella el internado.

Conclusiones

Llegados a este punto del estudio, podemos establecer conclusiones respecto de lo analizado.

En cuanto a la noción de comunidad discursiva propuesta por Maingueneau (1987), podemos afirmar que donde la joven y aún soltera Emma Rouault realiza sus lecturas de formación de cara a la adultez, es la comunidad de un convento, y por lo tanto es predominantemente religiosa y femenina, integrada por monjas, internas y una costurera. Aquí el trabajo de educación de niñas y jóvenes consiste en la difusión de las representaciones cristianas, a partir de una serie de prácticas de lectura

Representaciones ideológicas sobre la mujer en la comunidad lectora formativa de *Madame Bovary*

intensiva, según Chartier (1995), donde el tema rector es Dios, su historia y su defensa. Asimismo, las participantes de esta comunidad discursiva acotada a la lectura generan un habitus, de acuerdo con Bourdieu (1987), a partir de la reiteración regulada de acciones cotidianas en torno a sus lecturas acerca del conocimiento de Dios, y al mismo tiempo generan disposiciones para la práctica vinculadas con la intensidad con que se ejecutan las lecturas de contenido religioso: con mayor intensidad de lunes a sábados, con el estudio de la *Historia Sagrada* y de las *Conferencias* del abate Frayssinous o de la entonación de romanzas de tema religioso en la clase de música, seguidos con una ligera distención el día domingo, propia de un estado de recreo, con lecturas de carácter literario posiblemente consideradas más amenas como *El genio del Cristianismo*, de Chateaubriand (1802).

Con respecto a las representaciones ideológicas que surgen de esta comunidad de lectura, se advierte que las niñas y jóvenes permanecen en el interior de un espacio físico consagrado a Dios, en formación para su futuro como mujeres de ética cristiana, en las que lo positivo aceptable es Dios y la religión y lo negativo deleznable es el pecado y la culpa. Esto, precisamente, genera esa suerte de práctica paralela donde se configura la oposición legalidad/ilegalidad, lo que promueve la circulación entre las integrantes de la comunidad de libros y conferencias sobre Dios, avaladas por la regencia arzobispal por un lado, y la circulación de novelas románticas sentimentales prohibidas debido a la movilización de las pasiones de la carne, por otro lado.

Al mismo tiempo, la literatura romántica promueve la sobrevivencia de un ideal medieval de mujeres débiles, que deben ser protegidas por los hombres, lo que indica una dependencia femenina del varón. Asimismo, la distribución de los espacios femeninos o masculinos son definidos según roles asignados por el género: la mujer, en el interior, en su gineceo, y el hombre, afuera, en el exterior del hogar. A su vez, los espacios que habitan las damas

son costosos y detentan signos de linaje acomodado económicamente, lo mismo que la imaginería caballeresca de los casi próceres masculinos que visten al estilo medieval y montan caballos briosos. De modo que se advierte una sugerencia de equiparación económica de carácter político en la conformación de las parejas heterosexuales, aunque organizadas bajo el manto lastimero del sentimentalismo.

En este sentido, también se define el tipo de hombre que deben desear y por el que deben dejarse conquistar las jóvenes pupilas: varones fuertes y mansos a la vez, revestidos de galante apostura y llenos de virtudes, que se sintetizan bien en hombres con títulos nobiliarios que firman libros de fina hechura ya que representan el ideal burgués que se sintetiza en la experiencia de una vida privilegiada de alto refinamiento cultural y artístico.

Finalmente, el análisis deja ver por la presentación del objeto libro romántico, que sus lectoras corresponden a una clase acomodada, que puede adquirir libros por considerarlos objetos valiosos por su costo, por su presentación delicada de materiales caros y difíciles de conseguir como el raso y el papel seda, además muchas veces firmado por condes y vizcondes.

En definitiva, el análisis transparenta las representaciones que sostienen la comunidad lectora de un grupo de mujeres jóvenes en términos ideológicos, caracterizado por ser niñas de clase alta o media alta, con posibilidades económicas heredadas, que no están siendo formadas para la producción y autosuficiencia sino para la reproducción dogmática y disciplinada de los ideales cristianos y burgueses y la dependencia de sus futuras e idealizadas parejas sentimentales masculinas. Esto no hace más que perfilar el deseo de la protagonista de la trama que en el futuro rechazará a Charles Bovary por considerarlo simple e ingenuo y experimentará el vaivén entre la entrega y la desilusión continua con respecto a sus amantes, ya que ningún varón alcanzará nunca el ideal prefigurado en sus años de formación y soltería, obedeciendo sí a la representación del ausente -o de lo ausente-

a través de objetos sentimentales como por ejemplo, las cartas o las ampulosas vestimentas con que se endeudaba intentando remedar aquella imaginaria ficcionalizada en los preciosos libros que manipulaba en su adolescencia.

Los resultados obtenidos a su vez requieren un movimiento docente de revisión acerca de la práctica profesional en torno a las lecturas que se ofrecen a lxs estudiantes, ya que ponen en evidencia la transferencia de representaciones ideológicas socioculturales que promueven en un espacio de apropiación de aprendizajes, y los impactos que pueden llegar a tener en el devenir de la praxis cotidiana presente y futura de los alumnxs.

Anexo

Madame Bovary, de Gustave Flaubert Capítulo VI (Fragmento)

Emma había leído *Pablo y Virginia* y había soñado con la casita de bambúes, con el negro Domingo, con el perro Fiel, pero sobre todo con la dulce amistad de algún hermanito, que buscara para ella frutas rojas, o que corriera descalzo para la arena llevándole un nido de pájaros.

Cuando cumplió trece años, su padre la llevó a la ciudad para ponerla en un internado. Se alojaron en una fonda del barrio San Gervasio, donde le sirvieron la cena en unos platos pintados que representaban la historia de la señorita de la Valliere. Las leyendas explicativas, cortadas aquí y allí por los rasguños de los cuchillos, glorificaban todas ellas la religión, las delicadezas del corazón y las pompas de la Corte.

Lejos de aburrirse en el convento, los primeros tiempos se encontró a gusto en compañía de las buenas hermanas, que, para entretenerla la llevaban a la capilla, donde se entraba desde el refectorio por un largo corredor. Jugaba muy poco en los recreos, entendía bien el catecismo, y era ella quien respondía siempre al señor vicario las preguntas difíciles. Vivía sin salir de la tibia atmósfera de las clases y en medio de esas mujeres de cutis blanco que llevaban rosarios, se fue adormeciendo en la languidez mística que se desprende del incienso, de las pilas de agua bendita y del resplandor de las velas.

Por la noche, antes del rezo, hacían en el estudio una lectura religiosa. Era, durante la semana, algún resumen de Historia Sagrada o las Conferencias del abate Frayssinous, y, los domingos, a modo de recreo, pasajes del *Genio del Cristianismo*. ¡Cómo escuchó, las primeras veces, la lamentación sonora de las melancolías románticas que se repiten en todos los ecos de la tierra y de la eternidad!

Había en el convento una solterona que venía todos los días, durante ocho días, a repasar la ropa. Protegida por el arzobispado como perteneciente a una antigua familia aristócrata arruinada en la Revolución, comía en el refectorio sentada a la mesa de las monjas y charlaba con ellas después de la comida, antes de subir de nuevo a su trabajo. A menudo las internas se escapaban del estudio para ir a verla. Sabía de memoria canciones galantes del siglo pasado, que cantaba a media voz, mientras le daba a la aguja. Contaba cuentos, traía noticias, hacía los recados en la ciudad, y prestaba a las mayores a escondidas, alguna novela que llevaba siempre en los bolsillos de su delantal y de la cual la buena señorita devoraba largos capítulos en los

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1987), "Fieldwork in philosophy", en *Cosas dichas*. Barcelona. Edit. Gedisa: 22-26.
- Chartier, R. (1995) *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa.
- Flaubert, G. (2009), Primera parte, Capítulo VI en *Madame Bovary*. Buenos Aires. Ediciones Libertador: 40-43.
- Maingueneau, D. (1987) *Práctica discursiva y comunidades discursivas* Ext. de: Maingueneau, Dominique: *Nouvelles tendances en analyse du discours*, Hachette.

Representaciones ideológicas sobre la mujer en la comunidad lectora formativa de *Madame Bovary*

descansos de su tarea. Sólo se trataba de amores, de galanes, amadas, damas perseguidas que se desmayaban en pabellones solitarios, mensajeros a quienes matan en todos los relevos, caballos reventados en todas las páginas, bosques sombríos, vuelcos de corazón, juramentos, sollozos, lágrimas y besos, barquillas a la luz de la luna, ruiseñores en los bosques, señores bravos como leones, suaves como corderos, virtuosos, siempre de punta en blanco. A los quince años, Emma se manchó las manos en este polvo de los viejos gabinetes de lectura. Con Walter Scott, se apasionó por los temas históricos, soñó con arcones, salas de guardias y trovadores.

Hubiera querido vivir en alguna vieja mansión, como aquellas castellanas de largo corpiño, que, bajo el trébol de las ojivas, pasaban sus días con el codo apoyado en la piedra y el mentón en la mano, viendo llegar del fondo del campo a un caballero de pluma blanca galopando sobre un caballo negro. En aquella época rindió culto a María Estuardo y veneración entusiasta a las mujeres ilustres o desgraciadas: Juana de Arco, Eloísa, Inés Sorel, la bella Ferronniere, y Clemencia Isaura. Para ella se destacaban como cometas sobre la tenebrosa inmensidad de la historia, donde surgían de nuevo por todas partes pero más esfumados y sin ninguna relación entre sí, San Luis con su encina, Bayardo moribundo, algunas ferocidades de Luis XI, un poco de San Bartolomé, el penacho del Barnés, y siempre el recuerdo de los platos pintados donde se ensalzaba a Luis XIV.

En la clase de música, en las romanzas que cantaba, sólo se trataba de angelitos de alas doradas, madonas, lagunas, gondoleros, pacíficas composiciones que le dejaban entrever, a través de la música, la atractiva fantasmagoría de las realidades sentimentales. Algunas de sus compañeras traían al convento libros regalo que habían recibido. Había que esconderlos, era un problema; los leían en el dormitorio. Manejando sus bellas encuadernaciones de raso, Emma fijaba su mirada de admiración en el nombre de los autores desconocidos que habían firmado, la mayoría de las veces, condes y vizcondes, al pie de sus obras.

Se estremecía al levantar con su aliento el papel de seda de los grabados, que se elevaba medio doblado y volvía a caer suavemente sobre la página. Era, detrás de la balastrada de un balcón, un joven de capa corta estrechando entre sus brazos a una doncella vestida de blanco, que llevaba una escarcela o cofia en la cintura; o bien los retratos anónimos de las ladies inglesas con rizos rubios, que nos miran con sus grandes ojos claros bajo su sombrero de paja redondo. Se veían algunas recostadas en coches rodando por los parques, donde un lebrél saltaba delante del tronco de caballos conducidos al trote por los pequeños postillones de pantalón blanco. Otras, tendidas sobre un sofá al lado de una carta de amor abierta, contemplaban la luna por la ventana entreabierta, medio tapada por una cortina negra. Las ingenuas, una lágrima en la mejilla, besuqueaban una tórtola a través de los barrotes de una jaula gótica, o, sonriendo con la cabeza bajo el hombro, deshojaban una margarita con sus dedos.

(...)